



EL FUTURO DEL HOMBRE

El futuro del hombre

Al referirme al futuro del hombre como quiero, en parte, excluir algunas temáticas a los cuales se dirige, prevalentemente, la atención de algunos futurólogos: el futuro de la humanidad, la paz perpetua, como ya planteó KANT y al cual ciertos futurólogos recientes han dado respuestas que no se interesan gran cosa de las que propongo aquí filósofo, etc.

La pregunta fundamental sobre la cual quiero reflexionar hoy es sobre si el hombre, como tal, es un ser definitivamente acabado o es un ser todavía en camino de perfección biológica. SCHULER dio a esta pregunta una respuesta negativa, es decir, el hombre es un ser ya definitivamente terminado en su propia constitución. Estudios más recientes han pretendido demostrar que el cerebro humano ha realizado progresos evolutivos. Se han basado en la comparación entre el cerebro del hombre prehistórico y el del hombre actual, aceptando, por consiguiente, la existencia de una «evolución progresiva», realizada a expensas, sobre todo, del lóbulo frontal. (Véase en la sección «Crítica de libros» la presentación del excelente libro de HASEGAWA y SHIBATA sobre estas cuestiones.)

Una consideración detenida de los datos recientes demuestra la falta de fundamento de tal proceso. Por otra parte, desde el momento de nacer el hombre es un ser

que, junto al impulso del desarrollo, otro impulso inhibitor, como se ha demostrado comparando las diferencias entre la fecha de nacimiento y la dentadura, por ejemplo, caracteres sexuales secundarios.

NIETZSCHE, cuya influencia en el pensamiento contemporáneo es cada día más evidente, hablaba del hombre como «animal enfermo», y otros han hablado de ser inacabado y deficitario. La realidad es que el hombre nace con estructuras antropológicas abiertas, y que probablemente esto es lo que le permite vivir en un mundo no sólo natural, sino cultural e histórico. En cambio, los animales no viven más que en un medio ambiente determinado y circunscrito, de carácter cerrado.

La apertura humana, hecho correlativo de su propia estructura antropológica natural, le permite ponerse en pie, tener una mano no especializada, sino multifuncional, poseer un lenguaje, etc., pero todo ello es correlativo, a su vez, de un nacimiento prematuro.

El embrión humano está en el vientre materno la mitad del tiempo del que lógicamente debería estar, si se compara con la duración del embarazo de los monos próximos a él. El niño nace más indefenso, con reflejos menos perfectos y no adaptados a su ambiente. Por eso también es capaz de ser educado a su medida. Un mundo para erguirse y de hacer historia; en

Publicado en

ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA, PSIQUIATRIA Y CIENCIAS AFINES

Volumen IX. Noviembre-diciembre 1981. Número 6.

Depósito legal: M. Sep. 851.—1958.

Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1981.

Ayuntamiento de Madrid

EL FUTURO DEL HOMBRE

Al referirme al futuro del hombre mismo quiero, en parte, excluir algunos temas a los cuales se dirige, prevalentemente, la atención de algunos futurólogos: el tema del futuro de la Humanidad, el de la posibilidad de la paz perpetua, como ya planteó KANT y al cual ciertos futurólogos recientes han dado respuestas que no se diferencian gran cosa de las que propuso aquel filósofo, etc.

La pregunta fundamental sobre la cual quiero reflexionar hoy es sobre si el hombre, como tal, es un ser definitivamente acabado o es un ser todavía en camino de perfección biológica. SCHELER dio a esta pregunta una respuesta negativa, es decir, el hombre es un ser ya definitivamente terminado en su propia constitución. Estudios más recientes han pretendido demostrar que el cerebro humano ha realizado progresos evolutivos. Se han basado en la comparación entre el cerebro del hombre prehistórico y el del hombre actual, aceptando, por consiguiente, la existencia de una «cerebración progresiva», realizada a expensas, sobre todo, del lóbulo frontal. (Véase en la sección «Crítica de libros» la presentación del excelente libro de HASSLER y STEPHAN sobre estas cuestiones.)

Una consideración detenida de estudios recientes demuestra la falta de fundamento de tal proceso. Por otra parte, desde el punto de vista puramente biológico es evidente que el hombre es un ser aparte. En él exis-

te, junto al impulso del desarrollo, otro impulso inhibitor, como se ha demostrado comparando las diferencias entre la fecha de aparición de la dentadura, por ejemplo, con la aparición de los caracteres sexuales secundarios.

NIETZSCHE, cuya influencia en el pensamiento contemporáneo es cada día más evidente, hablaba del hombre como «animal enfermo», y otros han hablado de ser incapaz y deficitario. La realidad es que el hombre nace con estructuras antropológicas abiertas, y que precisamente esto es lo que le permite vivir en un mundo no sólo natural, sino cultural e histórico. En cambio, los animales no viven más que en un medio ambiente determinado y circunscrito, de carácter cerrado.

La apertura humana, hecho correlativo de su propia estructura antropológica natural, le permite ponerse en pie, tener una mano no específica, sino indiferenciada, poseer un lenguaje, etc., pero todo ello es correlativo, a su vez, de un nacimiento prematuro.

El embrión humano está en el vientre materno la mitad del tiempo del que lógicamente debería estar, si se compara con la duración del embarazo de los monos próximos a él. El niño nace más indefenso, con reflejos menos perfectos y no adaptados a su ambiente. Por eso también es capaz de crear un mundo a su medida. Un mundo humano. Nace con capacidad para erguirse frente a la perspectiva de hacer historia; en

resumen, con una cuota de libertad cualitativa y cuantitativamente más alta. Así, es capaz de crear instrumentos, poseer conocimientos objetivos y, por tanto, científicos.

Si nos hacemos una reflexión sobre el funcionamiento del cerebro humano llegaremos a la conclusión de que es un órgano lleno de potencialidades y que éstas pueden dirigirse en un sentido o en otro. De ahí deriva la posibilidad de progreso en la Humanidad. Todo lo que el hombre imagina termina realizándolo. O, si se quiere, todas las utopías acaban realizándose.

Que el mundo está en un momento de transición o de crisis, comparable a las que se produjeron en el paso de unas edades a otras, o al salto milenario, es evidente. El momento actual se halla caracterizado por una tendencia a la ruptura de todo género de institucionalizaciones, tanto colectivas como individuales. Es el punto negativo de la crisis.

Si nos referimos a las institucionalizaciones individuales o, mejor aún, a institucionalizar la persona, lo importante es conocer sus límites. Hay una corriente de pensamiento que pretende demostrar que la felicidad y el bienestar que buscamos como hombres no puede encontrarse más que en el cese de todas las inhibiciones que sufrimos en nuestra vida individual y colectiva. La experiencia actual en aquellas comunidades o en aquellos individuos que han pretendido liberarse ha demostrado la imposibilidad de lograr la felicidad por ese ca-

mino. Las servidumbres a las que se han visto sometidos han resultado mucho más penosas y con una dosis menor de libertad. La misma promiscuidad sexual, en lugar de facilitar la comunicación con los demás, la dificulta y lleva al anonimato.

La técnica a la que tantos avances debemos, y que de singular modo ha liberado al hombre de la servidumbre del trabajo, le aprisiona al mismo tiempo. La ciencia se declara incapaz de crear valores, puesto que en sí no es más que la conquista del conocimiento, arrancándole trozos a la nada e integrándolos; por consiguiente, al vivir en la frontera de lo desconocido, muestra sus tendencias nihilistas. Estamos muy lejos de perseguir, como es ineludible en el científico, la verdad, porque hemos equivocado la dirección. Más que de una cerebración progresiva podría hablarse de un hombre—y, por tanto, un hombre—descerebrado.

Habrà, pues, una transformación histórica en el hombre, como la hubo de la Edad Antigua a la Media, como la hubo en el Renacimiento y en la revolución, pero los principios fundamentales de la vida personal—y, por tanto, humana—se mantendrán, porque están anclados en nuestra propia estructura. La tarea más inmedia consiste en abordar francamente los entresijos de esa estructura para encontrar los caminos del futuro, mediante un sendero trazado, sin perderse en las fronteras tentadoras de la utopía. Aunque ésta acabe por realizarse.

JUAN J. LÓPEZ IBOR

... con una cuota de libertad cualitativa y cuantitativa más alta. Así, el campo de acción instrumental, puesto en condiciones objetivas y, por tanto, científicas.

Si nos hacemos una reflexión sobre el funcionamiento del cerebro humano llegaremos a la conclusión de que es un órgano lleno de potencialidades y que éstas pueden dirigirse en un sentido o en otro. De ahí deriva la posibilidad de progreso en la humanidad. Todo lo que el hombre inventa siempre es susceptible. O, al contrario, todas las ciencias acientíficas.

Que el mundo está en un momento de transición o de crisis, comparable a las que se produjeron en el pasado, es evidente. El momento actual se halla caracterizado por una ruptura a la ruptura de toda forma de estructuración, tanto colectiva como individual. Es el punto negativo de la crisis.

Si nos referimos a las instituciones, las instituciones o, mejor aún, a instituciones, lo primero es conocer sus límites. Hay una corriente de pensamiento que pretende demostrar que la libertad y el bienestar que disfrutamos estos hombres se deben exclusivamente a que no se han superado las inhibiciones que sufrían sus antepasados individuales y colectivos. La experiencia actual en aquellas comunidades o en aquellos individuos que han conseguido la abolición de esas inhibiciones ha demostrado la posibilidad de lograr la felicidad por un

camino. Los acontecimientos a los que se han visto sometidos han marcado mucho más progreso y con ello mayor libertad. La misma potencialidad actual, en lugar de facilitar la colaboración con los demás, la dificulta y lleva al aislamiento.

La ciencia y la tecnología avanzan demasiado y que de cualquier modo ha liberado al hombre de la esclavitud del trabajo, le obliga a vivir siempre. La ciencia se dedica a descubrir nuevos valores, puesto que el hombre vive en la búsqueda del conocimiento, en la lucha por vencer a la nada e insatisfacción. La ciencia, al vivir en la búsqueda de la perfección, muestra sus límites. El hombre se encuentra muy lejos de haber alcanzado el máximo en el científico. El hombre se equivoca la ciencia. El hombre es una creación propia para el hombre—y, por tanto, el hombre—descubridor.

El hombre vive en transformación histórica en el mundo. Como la hubo de la Edad Antigua a la Edad Media, como la hubo en el Renacimiento y en la revolución, pero los principios fundamentales de la vida personal—y, por tanto, humana—se mantendrán, porque están grabados en nuestra propia estructura. La gran gran liberación consiste en superar los obstáculos que entorpecen los caminos del futuro, mostrar un camino trazado, sin perder en los caminos anteriores de la gloria. Siempre será posible por realizarse.

Juan J. López Ibañeta